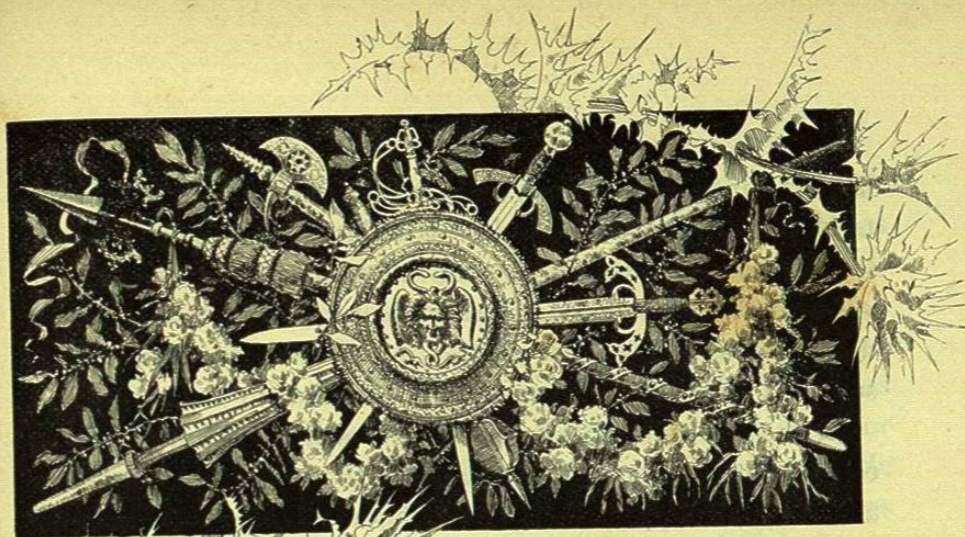


rrenos terciarios de la cuenca del Ebro. Semejante tarea, que en mí revelaría una pobre erudición de segunda mano, ha sido ya perfectamente desempeñada por acreditados geólogos y químicos, y Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico é histórico* (obra que anda en manos de todos) resumió lo más sustancial de ella bajo los epígrafes correspondientes, debiendo yo limitarme á aconsejarte que leas lo referente á *minas, aguas minerales y salinas* si apeteces en esta materia algún conocimiento que te estimule á más serios estudios y más detenida investigación. Por ahora solo he de advertirte que el naturalista Bowles, á quien tanto debe la ciencia en España, describió como existente en Valtierra, villa de la merindad de Tudela, situada en la ribera izquierda del Ebro entre Cadreita y Arguedas, una curiosa mina de sal gema que tiene de largo en su excavación principal unos 400 pasos y varias galerías laterales de más de 80, sostenidas por pilares de la misma sal y yeso. Yo no la he visitado, porque nadie en Navarra me habló de ella, y debe de ofrecer una perspectiva singular su interior.



## CAPÍTULO II

Etnografía navarra: problema aún no resuelto.

El iberismo.—El patriarca Aitor

DESDE una época de que no hay memorias escritas ocupa los dos vertientes del Pirineo occidental una raza de gentes sobre cuya procedencia andan discordes los etnólogos. Dáseles el nombre de *vascones*, y aún no se sabe si son de una raza especial de procedencia desconocida, si son reliquia de los antiguos iberos, si son turanios, ó si provienen de la gran invasión céltica que se extendió por toda nuestra península allá en los tiempos de la inmigración aria en las naciones que baña el Atlántico. Filólogos de grande autoridad propenden á considerarlos iberos, mas aún no se atreven á afirmarlo: «no tardaremos en conocer las verdaderas fuentes del éuskaro, exclama uno de ellos, lleno de fe en los progresos de la moderna ciencia (1), y con ellas á

(1) El Rdo. P. Fidel Fita en su interesante estudio sobre *El vascuence alavés*, publicado en el cuaderno 4.º del tomo III del Boletín de la Real Academia de la Historia.

la vista sabremos juzgar si conviene ó no aplicarla á la interpretación de los caracteres ibéricos y de las lenguas que hablaron los habitantes indígenas de todo nuestro suelo antes de la invasión céltica y de la dominación romana: con lo cual viene á decir que si hoy no es posible afirmar que vascones é iberos sean una misma raza, tampoco hay fundamento para negarlo.

Hace cincuenta años la ciencia era menos meticulosa: un escritor reputado por muy docto (1), y con razón porque había ahondado más que otro alguno en aquel tiempo en el estudio de la singular historia de la Vasconia, afirmaba resueltamente que los vascones—cuyo nombre no suena en ninguno de los escritores que precedieron al siglo de Augusto—son de origen céltico y estuvieron asociados con los distintos pueblos que habitaron las regiones ibéricas: las cuales no sólo comprendían todo lo que hoy es España y Portugal, sino también la tierra que se dilata desde los Pirineos hasta el Ródano. En sentir de este grave crítico, no fueron ellos los primeros que ocuparon nuestras montañas: sus primitivos pobladores (dice) fueron los iberos, desalojados de ellas por los ligures, los cuales, como afirma Dionisio de Halicarnaso, vinieron de los griegos procedentes de la Achaya mucho antes de la guerra de Troya. Alega el P. Risco la autoridad de Scylax de Caria para decir que los ligures mezclados con los iberos se extendieron por toda la provincia que llevó el nombre de Primera Narbonesa y aún permanecían en el quinto siglo antes de Cristo en la parte del Pirineo de que se apoderaron en su venida á España; añadiendo que aunque sea difícil fijar la época en que los tales ligures abandonaron el fragoso valladar que de Francia nos separa, y no menos arduo el determinar qué gentes los arrojaron de allí, del testimonio de Festo Avieno se colige que fueron los celtas los que los expulsaron. Viene luego para el erudito continuador del P. Flórez el testimonio de otros autores de muy remotos tiempos, citados

(1) El P. Risco en su *Vasconia*.

por Festo Avieno al principio de su descripción (1), á servir de refuerzo á sus inducciones respecto del asiento definitivo que los ligures y los celtas tomaron, y de inducción en inducción, sin más base crítica que la interpretación de textos de autores antiguos más ó menos viciados, concluye satisfecho que los celtas se asentaron en las costas del Océano y se dilataron con los artabros de Galicia hasta el Pirineo, donde, sin que se sepa por qué, tomaron después el nombre de *cántabros* en los escritos de los geógrafos é historiadores de la clásica antigüedad. Estos celtas son para el sabio pero no muy seguro continuador de la *España Sagrada*, los que nosotros conocemos por *vascones*.—En una cosa anduvo acertada y esparció muy clara luz la crítica del P. Risco, y fué en demostrar cómo el nombre de *cántabros* era en tiempo de Julio César genérico, y abrazaba muchas regiones particulares, aplicándole, además de los habitantes del Pirineo, á los autrigones, caristos y várdulos, á cuantas gentes poblaban la costa desde las Asturias hasta el promontorio Oeaso, término de España por la parte boreal confinando con la Aquitania. Así eran *calaicos*, es decir, gallegos, los bíbalos, los celerinos y otros habitantes de regiones especiales incluídas en la región general de Calecia ó Galecia; como eran *astures* los brigésinos, los bedunenses, los lungones y otras tribus de la dilatada región asturicense; y como eran *aquitanos* los precianos, los tarbelos, los vocates y otros comprendidos en la región que se extiende del Pirineo al Garona.—El nombre de *vascones*, aplicado á los montañeses de la cordillera pirenaica, sólo empezó á oírse cuando el de *cántabros* quedó limitado á los que vivían desde el confín oriental de las Asturias hasta los autrigones, esto es, después de las expediciones de Augusto dirigidas á subyugar la parte de España que hoy se comprende entre la costa de la provincia de Santander y una línea imaginaria que podríamos trazar por Aguilar de Campó, Amaya y Sedano, to-

(1) *Descriptio Orbis terræ*.

mando lo más septentrional de la provincia de Burgos hasta tocar en la Rioja (antiguos berones). Entonces comenzaron á distinguirse por sus nombres privativos los cántabros propiamente dichos, y ya conquistados, de los autrigones con ellos confinantes por el Este, y de los caristos, várdulos y *vascones* que en la misma dirección les seguían hasta las cumbres del Pirineo; y se explica que así fuese, porque hasta entonces no tuvieron los romanos conocimiento particular de tales gentes.

Faltóle, pues, al P. Risco probar de un modo satisfactorio para la moderna crítica, que los vascones son de origen céltico. —Vinieron después otros escritores que, reanudando teorías de filólogos del siglo pasado, proclamaron que los vascos todos son descendientes y representantes de los primitivos pobladores de España: y esta aseveración, conocida hoy con el nombre de *Iberismo*, ha sido defendida é impugnada arduamente por multitud de etnólogos y filólogos, no sólo éuskaros sino también extranjeros. Dióle forma científica el ilustre Guillermo de Humboldt en un libro (1) en que aspiró á fijar de un modo permanente las líneas fundamentales para la resolución del interesante problema de los primitivos habitantes de España, y le acompañan en la ardua tarea de volver á izar la bandera que enarboló Larramendi, hombres tan importantes como Lecluse, Darrigol, Zabala, Inchauspe, Duvoisin, Chaho, D'Abbadie, el príncipe Luís Luciano Bonaparte y otros que, en el calor de la lucha, se honran ya con el nombre de *vascófilos*. Bella es sin duda la tesis de estos sabios entusiastas que pretenden valerse de una lengua aún viva en España para llegar al conocimiento de quiénes fueron sus aborígenes, é inmensa debe ser su satisfacción cada vez que les resulta fructuosa la aplicación de la lengua vascongada á la interpretación de los nombres de las antiguas poblaciones ibéricas; pero tememos que la fantasía tome alguna parte en tales

(1) Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens, vermittelst der Waskischen Sprache.

interpretaciones. La contienda sigue muy empeñada y vale la pena de que te dé conocimiento, discreto lector mío, de lo que por una y otra parte se sostiene. No voy á erigirme en juez del campo: leo á los *vascófilos* y á los anti-iberistas con el más imparcial propósito de llegar á lo cierto en el difícil problema etnológico de los orígenes de los vascones, y se me figura que cuanto más me fatigo en buscar la salida de este intrincado laberinto, más lejos me hallo de la apetecida esplanada de la verdad.

Los *vascófilos*, entre los cuales descuella por su profundo saber y su brillante imaginación el filólogo francés Agustín Chaho, cuyo nombre te es ya familiar, propenden á considerar á los vascos ó éuskaros de hoy como residuo de un gran pueblo instalado en España desde los tiempos prehistóricos, y aun como una tribu de los iberos-cántabros; y con sumo ingenio traza en una hermosa leyenda este escritor poeta el cuadro del sentido histórico y de las riquezas filosóficas de la lengua ibérica, para persuadir que la raza éuskara es la representante genuina de aquellos primitivos pobladores del Occidente que, antes de la irrupción de los celtas, alcanzaron en España por su sabiduría, su moralidad y su venturoso estado social, la fama de ser los hombres más civilizados del mundo. Quieren estos eruditos *vascófilos* que haya existido identidad de progenie entre los vascongados de las cuatro provincias que ocupan el oeste del Pirineo y aquellos felices habitantes de la extensa región meridional, de quienes escribió Florián de Ocampo: «quantos por allí vivieron todos los tiempos que dicen el rey Beto gobernar aquella provincia, y aun despues largos años adelante, fueron reputados y tenidos por músicos maravillosos y por hombres exercitados en el arte de geometría, pero sobre todo por muy excelentes en Philosophia moral, donde procede la gobernación, justicia perfecta de qualesquier negocios humanos, y tanto que segun Estrabon afirma, tuvieron aquellos Béticos andaluces hasta su tiempo dél, ordenanzas y leyes por donde se

»regian, compuestas en metro muy ordenado, las cuales certifi-  
 »caban ser de tal antigüedad, que pasaba de seis mil años que  
 »sus progenitores ancianos se gobernaban por ellas»... «por  
 »donde parece ser aquellas antiquísimas que los turdetanos an-  
 »daluces tuvieron, las propias y verdaderas que Tubal en esta  
 »tierra puso.» Quieren, pues, que sean los vascones la preciosa  
 y pura reliquia de aquella felicísima gente ibera difundida por  
 todas las tierras de nuestra península española durante miles de  
 años, y refugiada en las inaccesibles cumbres pirenaicas cuando  
 los celtas y las demás razas que sucesivamente invadieron nues-  
 tro territorio fueron paulatinamente concluyendo con los aborí-  
 genes ó mezclando con ellos su sangre.

Á estos iberos vascones, y especialmente á los navarros de  
 la montaña venidos á mayor simplicidad de vida después de su  
 instalación en las cumbres y valles del Pirineo, cuadraría admi-  
 rablemente, más que á los iberos turdetanos, la hermosa pintu-  
 ra que de los españoles de la edad de oro hacía D. Quijote,  
 inspirado por el puñado de bellotas que tenía en la mano, quan-  
 do explicaba las causas de la institución de la andante caballería  
 á los cabreros que le acogieron en su majada después de su  
 desgraciada batalla con el vizcaíno. «Dichosa edad y siglos di-  
 chosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dora-  
 dos, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad tanto  
 se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna,  
 sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos  
 palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las  
 cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordi-  
 nario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcan-  
 zarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban con-  
 vidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y  
 corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transpa-  
 rentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo  
 hueco de los árboles formaban su república las solícitas y dis-  
 cretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno

la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcorno-  
 ques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus  
 anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las  
 casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para de-  
 fensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo  
 amistad, todo concordia». «Entonces andaban las simples y her-  
 mosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza  
 y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester  
 para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha que-  
 rido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que  
 ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos  
 martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes  
 lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pom-  
 posas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con  
 las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les  
 ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del  
 alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella  
 los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para enca-  
 recerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclá-  
 dose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus pro-  
 pios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor  
 y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y  
 persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el en-  
 tendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni  
 quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad anda-  
 ban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras,  
 sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las  
 menoscabasen; y su perdición nacía de su gusto y propia vo-  
 luntad».

Este mismo cuadro tan bello, realzado con los resplandores  
 de una sabiduría, que se supone en cierto modo inspirada por  
 Dios en la expansión de su regocijo ante la creación del primer  
 hombre, es lo que ha venido á figurarse acerca de los orígenes  
 de la raza éuskara y de su admirable civilización el ingenioso

Chaho en su fantástica *Leyenda de Aitor* (1), de la cual voy á darte una sucinta idea (2).— «Lara, el bardo cántabro (3) de quien tan brillante retrato hace Silio Itálico en su epopeya de la segunda guerra púnica, proclamado flor de los guerreros de la tribu de los éuskaros várdulos, famosa por el valor de sus soldados y por la destreza de sus jóvenes en la mímica, la danza, el canto y la improvisación, recita esta leyenda, composición suya, ante la asamblea de su tribu, con ocasión de celebrar ésta la conclusión de la paz con Roma después de las guerras de Aníbal, en la primera noche de las fiestas llamadas del plenilunio, consagrada á la conmemoración de la historia nacional. Congregada la tribu en Gherekiz, al pié del roble de la libertad, noveno retoño del famoso árbol simbólico desde el establecimiento de los éuskaros en los Pirineos occidentales, preséntase en ella el famoso bardo con el disfraz de Aitor, el gran antepasado, el patriarca de la raza indo-atlántida, primer nacido entre los éuskaros; lleva una luenga barba blanca que le baja hasta la cintura; en su cabeza luce una refulgente mitra, y de sus anchos hombros pende la rica dalmática de los magos y adivinos de aquella república. Apóyase en una rama de roble aún revestida de hojas, y con paso lento y mesurado llega hasta el centro del círculo que forman sentados los ancianos de ambos sexos, las viudas, las casadas, las vírgenes y los niños, y en pié los

(1) Traducida al castellano por D. Arturo Campión y publicada en los tomos I, págs. 220, 241 y 281, y II, págs. 12 y 44, de la *Revista Euskara*.

(2) Habiendo condensado en ella Mr. Chaho, bajo la forma de un hermoso poema, entre lírico y didáctico, cuantas alabanzas se han publicado hasta ahora de la raza éuskara y de su pasada cultura, hemos creído conveniente consagrar todo el resto del presente capítulo á un extracto de tan instructiva composición. Somos, pues, en esta pequeña parte de nuestro libro, meros compiladores de la leyenda de Mr. Chaho, y aun reproducimos casi al pié de la letra muchos elocuentes párrafos de la versión castellana del eminente vascofilo Sr. Campión.

(3) En este y otros pasajes parece revelarse que Mr. Chaho tiene á los vascos por cántabros. Esta diferencia entre su teoría y la de otros vascofilos, que estiman familias ibéricas distintas las de cántabros y vascones, no afecta al fondo del sistema del *Iberismo*: según éste, vascones, várdulos, caristos, autrigones, cántabros, etc., todos eran iberos.

guerreros desde los diez y ocho hasta los sesenta años; y en medio del profundo silencio que sucede á la ruidosa aclamación con que es acogido, extendiendo horizontalmente su brazo derecho y levantando la cara al cielo, comienza la evocación de las generaciones hundidas y de los siglos acumulados en las profundidades del olvido, ó sea en el Océano de las edades.— «El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino. Mi pueblo, desde su origen, fué semejante á un gran río que hace germinar bajo el cielo los tesoros de la fecundidad terrestre. Hoy mis tribus no son más que transparentes gotas que se filtran por las quiebras de las rocas, y que el primer viento cálido secará. Así debe ser; Dios lo quiere, Dios, el señor de la altura, el *Jaon Goikoa*. Sus manos arrojaron las estrellas por los campos etéreos, del mismo modo que el sembrador esparce sus simientes por los pardos surcos; y la luz brotó de la noche eterna. Mi pueblo, salido de la noche, tuvo también un día de sol. ¿Qué nos queda de aquel esplendor eclipsado? Noche sin estrellas. Pero la luna, cuyas fases sirven para medir las semanas y los meses, refleja dulcemente la luz del sol escondido detrás de los mundos, y de esta manera, en la noche de nuestra degeneración, la memoria de los ancianos y el genio de los bardos son el espejo que refleja la lejana gloria de los primeros días».— Entra el bardo en una poética é ingeniosa exposición etimológica de la sublimidad y filosofía de la lengua éuskara, la primitiva del linaje humano, y dice: «La garra del águila es fuerte; terrible y real la garra del león; pero la mano del hombre, ya rompa con el arado el seno de la tierra, ya agite en los combates el hacha de bronce ó la espada de acero, ya teja el lino ó la seda en ligeras telas, ya arranque del arpa divinos acordes, es un instrumento perfecto, un arma invencible. Ella levantó las pirámides en el desierto, ella subyugó á los indómitos caballos é hizo que doblasen su cresta bajo los remos las tempestuosas olas del mar. Por ella el hombre ha vencido y dominado (*hes*) á la creación entera, esclava hoy de su imperio: